

Santiago, 8 de Noviembre de 1977.

Señor  
Eugenio Munita Torrealba  
Presente.

Estimado colega:

He leído con toda calma e interés su apasionada carta del 3 del presente, que recibí ayer.

Créame que nadie siente más que yo lo ocurrido en la reunión a que su curso tuvo la gentileza de invitarme al cumplir 25 años de egreso de la Facultad de Derecho. Ese mismo día presenté mis excusas a quienes se me acercaron, en cuanto mis palabras pudieran -de modo absolutamente involuntario y ajeno a mi intención- ser motivo o pretexto para alterar el grato ambiente de esa fiesta. Le he reiterado estas excusas a Vicente Poblete y no tengo inconveniente en reiterárselas a usted.

Pero con la misma claridad que lo anterior, estimado colega, quiero expresarle que, por mi parte, me he sentido agraviado y profundamente adolorido por la reacción absolutamente insólita de algunos de sus compañeros de curso. Ninguna de mis palabras en esa oportunidad abordó temas "políticos" ni se refirió -como Ud. dice en su carta- a mi posición frente al actual Gobierno. Jamás pensé que tendría que hablar en esa reunión, y al ser invitado a hacerlo, mi primera reacción fue de excusarme. Ante la insistencia, expresé improvisadamente lo que me salió del corazón en una reunión de "universitarios" y "hombres de derecho". Le confieso que no sé hablar en chunga, ni decir palabras que no procuren transmitir conceptos. Procuré tocar dos temas que creo vitales en la convivencia entre los chilenos: a) el de la relación entre la justicia, el derecho y la ley; y b) el de la tolerancia, del diálogo racional. Manifesté mi fe en este último, lamenté que el viejo respeto propio de la vida forense -que nos permite cultivar la amistad al mismo tiempo que peleamos ante los Tribunales-, que en otros tiempos fue también una de las hermosas características de la vida pública chilena, hubiere sido reto en los últimos años por el extremo a que han llegado las pasiones, sectarismos y odios, y añoré el día en que Chile vuelva a ser un país donde todos podamos convivir respetándonos recíprocamente, siendo capaces de cultivar la amistad a pesar de las discrepancias y procurando solucionar los problemas mediante el diálogo racional.



Muchos de los asistentes al almuerzo, que no participan de mis ideas políticas, entendieron perfectamente el significado e intención de mis palabras y así me lo expresaron, manifestándome su adhesión. De donde yo concluyo, con mucha pena, que la airada reacción de otros demuestra que ese clima de envenenamiento de la vida chilena a que se llegó bajo el régimen anterior -contra el cual pocos lucharon tanto y tan definitivamente como yo-, sigue imperando en el espíritu de muchos compatriotas, que andan viendo "política", "juego al comunismo" y "enemigos de la Junta" por todas partes.

Creo que todos los chilenos tenemos el deber de contribuir efectivamente a la reconciliación nacional, lo que exige de todos espíritu amplio, tolerancia, respeto y, sobre todo, evitar prejuicios anticipados respecto de las personas que creemos nuestros adversarios. La semana recién pasada he tenido el honor y la satisfacción de participar en un foro en la Academia Superior de Seguridad Nacional, donde mi exposición franca de lo que pienso fue recibida con respeto y comprensión. Ello me levantó el ánimo y me ha recompensado con creces el mal rato que pasé el sábado anterior, porque revela que en los sectores más responsables del destino de nuestra Patria se abre camino el espíritu amplio de comprensión indispensable para lograr una verdadera unidad nacional.

Agradeciéndole la franqueza de su carta y esperando que ésta le sirva para ver otra cara de la medalla y juzgar con menos severidad mis palabras del otro día, lo saluda atentamente su colega,

c/c a don Vicente Foblete.